



cuadernos
de difusión
científica

7

ENRIQUE E. SANCHEZ RUIZ

**Réquiem por la
modernización:**

perspectivas cambiantes
en estudios del desarrollo

**Réquiem por la
modernización:**
perspectivas cambiantes
en estudios del desarrollo



cuadernos
de difusión
científica

7

ENRIQUE E. SANCHEZ RUIZ

**Réquiem por la
modernización:**

perspectivas cambiantes
en estudios del desarrollo

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

COLECCION:

CUADERNOS DE DIFUSION CIENTIFICA 7

SERIE:

COMUNICACION, EDUCACION Y SOCIEDAD (III)

**D.R. © 1986, Universidad de Guadalajara
Departamento de Investigación Científica y
Superación Académica, Edificio Cultural y
Administrativo, Av. Juárez y Tolsá 8o. piso,
Apdo. Postal 2-751 C.P. 44100
Guadalajara, Jalisco, México.**

Impreso y hecho en México/Printed and made in Mexico.

ISBN-968-895-023-8

INDICE

INTRODUCCION	7
La vision económica difusionista: modernizando al Tercer Mundo	9
La visión sociológica de la modernización	15
<i>Modernización por diferenciación social</i>	15
<i>Modernización individual psicológica</i>	18
Desarrollo y comunicación social	22
Evaluación del enfoque de la modernización por difusión	25
La crisis del modelo comunicativo de la modernización	29
REFERENCIAS	35

INTRODUCCION

Gran parte del contenido de las teorías del desarrollo que se han generado tanto en los países industrializados como en el llamado Tercer Mundo ha respondido, en alguna medida, a la dinámica de los sucesos históricos que han ocurrido durante lo que va de este siglo. Sin embargo, al mismo tiempo, estas mismas teorías han sido expresiones ideológicas de visiones económico-políticas diversas (cfr. Therborn, 1980; Cardoso y Weffort, 1979; Sunkel, 1979; Bambirra, 1978). Esto es inevitable, puesto que el estudio del cambio social, y aun más en el caso de estudios con cierta probabilidad de influir directamente en la implantación de políticas, se guía necesariamente por la imagen de la "buena sociedad" que tienen los investigadores, en lo individual y como parte de comunidades científicas más amplias. Esta imagen a la vez es influida y delimitada ("determinada") por el entorno económico-institucional, cultural e incluso "geopolítico" en el que tales investigadores laboran (cfr. González Casanova, 1977).

El propósito de este escrito es resumir críticamente los elementos básicos de una de las aproximaciones existentes al estudio del desarrollo y del cambio social: lo llamamos globalmente "el enfoque de la modernización por difusión" (de capital, de tecnología, de instituciones y valores, según sea el acercamiento disciplinario del estudioso). Las teorías económicas y sociológicas del desarrollo que aquí revisamos tienen en común el considerar que los procesos de desarrollo nacional dependen de la difusión, desde un cierto tipo de sociedades a otro, de determinados factores, o de ciertas características, que las constituirán en sociedades "modernas", y en consecuencia las ubicarán en el camino del desarrollo capitalista. Este acercamiento desembocó en algunas teorizaciones y estudios empíricos que atribuían a los medios masivos de comunicación y a la educación un papel importante para impulsar procesos de cambio, a partir de ciertas premisas neo-idealistas. Una

hipótesis principal de este autor es que la teoría o, para ser más exactos, el grupo de teorías que se examinan como formando parte de esta "tradición de investigación" (Laudan, 1981) son de hecho, además de resultados de investigación teórica y empírica, el reflejo ideológico de una visión etnocéntrica desde las metrópolis del sistema mundial. El enfoque ideal para esta tarea hubiera sido un tipo de sociología del conocimiento que diera cuenta, además de los contenidos de las teorías revisadas, de sus circunstancias históricas, de los procesos económicos, políticos y culturales, globales y particulares, que han interactuado con su generación y cambio. Sin embargo, dada la magnitud de esa tarea, aquí nos limitaremos a analizar las teorías de la modernización y la difusión, el tipo de programas de investigación que han constituido y algunas evidencias históricas, empíricas y analíticas de que esta tradición investigativa se encuentra en "crisis" en el sentido de Thomas Kuhn (1970). Si bien hay un cierto acento en los estudios sobre el papel atribuido a la educación y en particular a la comunicación social en los procesos de modernización, el análisis cubre principalmente los programas de investigación más globales de las ciencias sociales "oficiales" (economía, sociología, ciencia política...), porque aquellos emergen y se conforman teórica, metodológica e ideológicamente a partir de éstos. En este sentido, daremos cuenta de que, efectivamente, hay un cierto "paradigma" o "programa de investigación" más general compartido por las ciencias sociales de los países centrales, que ha guiado investigaciones más particulares, y que ha ejercido influencias directas e indirectas sobre los estudios y *sobre los procesos estudiados*, de la comunicación social y la educación y su papel en los procesos de desarrollo en el Tercer Mundo.

Es imposible en un escrito de esta naturaleza, fundamentalmente crítico, ser totalmente imparcial y objetivo. Por un lado, consideramos necesario aclarar que, aunque como se verá aquí, el programa de investigación de la modernización por difusión está claramente en una etapa "degenerativa", en términos de Imre Lakatos (1980), hay en éste ciertas aportaciones al conocimiento de su objeto, por ejemplo en el nivel descriptivo, incluyendo algunas tecnologías de investigación. Sin embargo, como se verá, el valor explicativo y praxeológico de este grupo de teorías se encuentra en franca crisis. Por otro lado, el ideal hubiera sido presentar una alternativa viable, confrontada con el enfoque que se revisa críticamente. Tal enfoque alternativo, que se basa en los conceptos de explotación, desarrollo desigual, lucha de clases y dependencia-imperialismo, ha sido descrito por el autor en otro lugar (Sánchez Ruiz, 1983). Consideramos que este resumen crítico del enfoque de la modernización puede ser de utilidad para estudiosos del cambio social y del papel de la comunicación y la educación en el desarrollo.

La visión económica difusionista: modernizando al Tercer Mundo

La historia de las teorías del desarrollo que han surgido en los países industrializados, especialmente en los Estados Unidos, de los años cuarenta y cincuenta al presente, ha ido desde el optimismo generalizado a la desilusión y el pesimismo, hasta la incertidumbre (Weiler, 1978). El concepto mismo de "desarrollo" ha pasado por revisiones significativas: de ser pensado como simple crecimiento económico, medido por el producto nacional bruto, a modernización "estructural" y psico-cultural, pasando por la satisfacción de las necesidades básicas humanas, y por la inclusión de preocupaciones ecológicas (Cardoso, 1980; Hirschman, 1980; Streeten, 1979; Portes, 1976). Sin embargo, la mayor parte del pensamiento moderno sobre el cambio social tiene sus raíces en el pensamiento clásico de los últimos dos siglos (Sunkel, 1979; Portes, 1976; 1973; Eisenstadt, 1973; Smith, 1973). Los economistas políticos clásicos (Smith, Ricardo, Mill), así como la crítica marxista a la economía política y los sociólogos clásicos (Comte, Spencer, Durkheim, Weber), tuvieron todos en común el tener como objeto central de su preocupación teórica la emergencia y desarrollo del modo de producción capitalista, nacido de su pasado feudal (Therborn, 1980). La "idea de progreso" es una constante en el pensamiento social clásico y sigue teniendo su secuela en nuestros tiempos (Elguea, 1982: 1-4; Bury, 1971). Pero, de hecho, tal preocupación por el desarrollo *capitalista* se minimizó desde el último cuarto del siglo XIX hasta los años cincuenta (Sunkel, 1979: 19).

El problema contemporáneo del desarrollo es prácticamente un asunto de la segunda postguerra, que surgió de dos principales factores históricos: a) la emergencia de una multitud de países nuevos en Africa y Asia (y en menor medida en el Continente Americano), ante la desintegración de los imperios coloniales europeos y b) la reconstrucción europea de postguerra, exitosa con la ayuda del Plan Marshall. Ambos procesos ocurrieron dentro

del contexto de la Guerra Fría. El éxito del Plan Marshall y la necesidad percibida en los centros metropolitanos de que los países que habían logrado su independencia política se desarrollaran económicamente, antes de que “cayeran en el comunismo”, impulsaron la preocupación en aquellos por producir una teoría del desarrollo.

Hasta los años cuarenta, la economía neoclásica proveía el único marco influyente en la mayor parte del mundo occidental para el estudio de la economía capitalista y de las relaciones económicas entre naciones: la teoría de las ventajas comparativas de David Ricardo, reformulada por los neoclásicos con la inclusión de costos de factores de la producción adicionales al trabajo, era la base del pensamiento sobre el comercio internacional. Se suponía que la especialización por países en la producción y la exportación de ciertos productos, de acuerdo a los costos comparativos, llevaría a largo plazo a la igualación relativa, entre países, de la remuneración de los factores (Cardoso, 1977b: 9-10). “Los beneficios de la especialización y de la ventaja comparativa”, indica Osvaldo Sunkel (1979: 22), en los países primario-exportadores, “se difundirían del sector exportador al resto de la sociedad y el desarrollo llegaría eventualmente”. En 1948 y 1949, dos influyentes artículos de Paul Samuelson proponían la teoría de que, bajo ciertos presupuestos, por ejemplo homogeneidad de funciones de producción en todos los países que comerciaran entre sí, el intercambio no sólo llevaría a todos los países a beneficiarse mutuamente, sino a la “igualación completa y absoluta de la remuneración de los factores” (*ibid*). Es decir, la extensión de Samuelson de la teoría de la ventaja comparativa apuntaba hacia el comercio internacional entre exportadores primarios e industriales como una “fuerza potencial hacia la igualación de ingresos alrededor del mundo” (Hirschman, 1977: 68). Sunkel (1979: 22) ha apuntado que esta teoría, ya sea en su formulación relativa, o en la propuesta más absoluta de Samuelson, fue un importante baluarte ideológico de los defensores del “viejo orden” en América Latina (las oligarquías), así como en los países capitalistas avanzados.

Por el mismo tiempo, Raúl Prebisch, de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), y Hans Singer, economista de la ONU, publicaron independientemente evidencia que mostraba que, por un largo período de tiempo, la tendencia histórica real había sido hacia la deterioración de los términos de intercambio para los exportadores primarios, en lugar de la expectativa optimista de los neoclásicos. El artículo de Prebisch, publicado en 1949 y 1950 por la CEPAL, inició una nueva era de discusiones y debates teóricos sobre el proceso de desarrollo capitalista en Latinoamérica (cfr. Hirschman, 1971; Cardoso, 1977b). Su explicación, en pocas palabras, apun-

taba a las prácticas oligopólicas de los industriales para proteger sus tasas de ganancia, y a la lucha de los sindicatos para mantener sus niveles salariales —ambos en los países industrializados— como los factores principales que impedían que los más altos niveles de productividad alcanzados en el sector industrial bajaran los precios de los productos manufacturados, lo que a su vez se esperaba que equilibrara los términos de intercambio con los exportadores agrícolas de baja productividad. La implicación inmediata fue la urgente necesidad de que Latinoamérica se industrializara.

Por aquel tiempo, debido a la gran crisis del capitalismo de principios de los años treinta y por las dos guerras mundiales —entre otros factores—, algunos países latinoamericanos habían comenzado ya a pasar por un período de industrialización por sustitución de importaciones “forzada” y “fácil”. Forzada, porque los flujos de exportaciones entre países se habían trastornado en virtud de los acontecimientos antes mencionados; y fácil, porque consistió principalmente en la producción interna de bienes de consumo final, de los llamados “ligeros”, que antes se importaban de los países industrializados (Furtado, 1978). Los análisis de la CEPAL, que nunca fueron radicalmente críticos del capitalismo, sino más bien de las desigualdades que producía la división internacional del trabajo, apuntaban hacia la industrialización por sustitución de importaciones y la planeación por parte de los gobiernos latinoamericanos —y después a la integración económica regional— como la manera de salir de su situación desigual en la arena internacional (CEPAL, 1969).

La crítica desde el punto de vista marxista y neomarxista a la doctrina de la CEPAL y a las teorías de la modernización, que surgieron en ese tiempo, fue un estímulo principal para la emergencia, desde dentro mismo y desde fuera de la CEPAL, de lo que después se conocería como la “Teoría de la dependencia”. Desde la derecha, la crítica más importante al enfoque cepalino se dirigía hacia el énfasis en la intervención económica del Estado, como una intención oculta de llevar a la América Latina al “comunismo” (Cardoso, 1977b: 14; Sunkel, 1979: 23-24). Los economistas neoclásicos objetaban la intrusión del Estado en la economía como una “imperfección del mercado” innecesaria, que retrasaría, más que acelerar, el desarrollo económico (Hirschman, 1980: 81-82). Aun cuando la mayoría de los gobiernos latinoamericanos no atendieron a los planes y proyectos específicos propuestos por la CEPAL (Hirschman, 1971: 288-291), la doctrina general de la institución sirvió como un importante apoyo ideológico para movimientos y gobiernos populistas y reformistas durante los decenios de 1950 y 1960: llegó a ser conocida esta doctrina como la ideología del “desarrollismo” (dos Santos, 1970: 199-218).

El "pensamiento de la CEPAL" ha atravesado por algunas modificaciones durante la década pasada, incorporando elementos de análisis de las discusiones mundiales acerca de "otro desarrollo", la propuesta de un "nuevo orden económico internacional", de la controversia de los "estilos de desarrollo", etcétera, tendencias que se han reflejado en la *Revista de la CEPAL*. Sin embargo, el énfasis en la industrialización, en la planificación y programación nacionales y en la integración regional han permanecido como constantes y como las implicaciones de política económica más importantes del enfoque de esta institución hacia el desarrollo latinoamericano.

Por otra parte, en los países industrializados, especialmente en Estados Unidos, las contribuciones al "pensamiento del desarrollo" en los años 50 y 60, provinieron de economistas "no ortodoxos", dado el descrédito en que cayó la doctrina neoclásica a raíz de la Gran Depresión y la emergencia de la "revolución keynesiana", que aparentemente proveyó a los economistas con una nueva perspectiva para lidiar con una economía caracterizada por un desempleo considerable (Hirschman, 1980: 78). Los modelos de crecimiento proliferaron y "la acumulación de capital se volvió, si no la condición necesaria y suficiente del desarrollo, de cualquier manera la principal variable estratégica, y la propensión al ahorro y la relación capital/producto se convirtieron en el equipo principal de los analistas, planificadores del desarrollo y funcionarios de agencias de asistencia" (Streeten, 1979: 24). La crítica de Paul Baran (1957) a la teoría del crecimiento económico fue uno de los pocos intentos serios de introducir variables políticas y de tomar una perspectiva socialista dentro del pensamiento estadounidense sobre el desarrollo en los años cincuenta.

La mayoría de las teorías nekeynesianas del desarrollo, producidas en el centro, eran compatibles con los análisis de la CEPAL, de tal manera que algunos elementos de ellas se incorporaron al bagaje de herramientas analíticas y de planeación de la agencia (Hirschman, 1971). Estas aproximaciones aportaban una racionalización para el papel activo del Estado: para las políticas proteccionistas e inversiones estatales en infraestructura y en algunos casos directamente en las manufacturas; la acumulación de capital fue postulada en todas ellas como la base del crecimiento económico y éste último como la clave para el desarrollo. El rápido éxito del Plan Marshall para la reconstrucción de la Europa occidental de postguerra apoyó la expectativa de que inyecciones masivas de capital y planificación adecuada resolverían los problemas económicos —y en su debido tiempo los políticos también— del Tercer Mundo. El desarrollo de las naciones atrasadas era solamente un problema de difusión de capital, instituciones y valores, y "know how" tecnológico. Los problemas distributivos no tenían relevancia aparente, o se

trataban mediante alguna forma de la teoría del “derrame” (*trickle down*). Esta expresión parece haber sido acuñada originalmente por Albert O. Hirschman, como un posible efecto del proceso de crecimiento económico, dadas ciertas condiciones, opuesto al “efecto de polarización” propuesto por el mismo autor como otra posibilidad real del desarrollo capitalista (cfr. Hirschman, 1980: 82). Sin embargo, la última noción parece haber sido olvidada por mucho tiempo, mientras que el “derrame” siguió siendo considerado una real posibilidad por economistas y políticos. En términos generales, se suponía que el efecto de filtración o derrame ocurriría así: (a) en la medida en que una economía creciera, el excedente absoluto que llegara a las élites crecería en una forma tal que éstas estarían dispuestas a ceder una parte de su riqueza; (b) el crecimiento económico llevaría a una mayor diferenciación y diversificación económica, que permitiría que la riqueza se “derramara” de las élites a la masa de la población (Rubinson, 1976: 638).

Entre las teorías que postulaban que el crecimiento económico era el *si-ne qua non* del desarrollo, una de las más populares e influyentes a finales de los cincuenta y durante los sesenta fue la de W.W. Rostow, de las “etapas del crecimiento”. Esta teoría, que partía del análisis histórico del desarrollo industrial de Inglaterra, concebía al desarrollo económico en una forma lineal, como el paso histórico que todas las naciones habrían de seguir: el punto de partida era la “sociedad tradicional”, caracterizada por “una estructura desarrollada dentro de funciones de producción limitadas, basada en ciencia y tecnología prenewtonianas, y en actitudes prenewtonianas hacia el mundo físico” (Rostow, 1971: 4). Tres etapas intermedias postuladas como universales, con un eje crucial de “despegue”, precederían a la “edad del consumo masivo”. Esta visión lineal “tendía a enfocarse en las restricciones u obstáculos (particularmente la falta de capital), cuya eliminación liberaría las fuerzas ‘naturales’ que llevarían al movimiento constante hacia ingresos cada vez mayores” (Streeten, 1979: 26). Esta perspectiva, que se constituyó en un factor teórico-ideológico fundamental de la “Alianza para el Progreso” de John F. Kennedy, invitaba a los países ricos a suministrar los “componentes faltantes” (capital, divisas, habilidades o “*management*”) a los países tradicionales, proveyendo así una racionalización para la asistencia económica y técnica internacional, el comercio generalizado y la inversión extranjera directa e indirecta (*ibid*). Era, en suma, una visión difusionista, lineal y evolucionista que tomaba la caracterización de los países industrializados como el “punto de llegada” ideal del “progreso”. Su caracterización de la sociedad tradicional, sin historia ni especificidades propias, fue hecha residualmente (todo lo que no fuera propio de la sociedad industrial pertenecía a la sociedad tradicional, que podía abarcar realidades

históricas tan diversas como las tribus bosquimanas, la India o México). Mediante un proceso de "seguir a los líderes", las sociedades tradicionales finalmente llegarían a la etapa del "despegue", umbral crucial para lograr la madurez industrial y la era del consumo masivo. Las críticas a la teoría de Rostow, que se han centrado principalmente en el que hubiese estado basada en una "ficción histórica", han sido copiosas y devastadoras (cfr., e.g., Baran y Hobsbawn, 1961; Frank, 1969; Streeten, 1979; Hirschman, 1980). Pero el hecho es que fue una teoría económica influyente, especialmente entre científicos sociales *no economistas* y en la política exterior estadounidense, en particular con los presidentes Kennedy y Johnson. Si bien la actual política económica norteamericana hacia el Tercer Mundo parece basarse más en otro tipo de premisas ante la reemergencia del neo-clasicismo, no es imposible encontrar elementos de la visión lineal rostoviana.

Cuando los economistas se dieron cuenta en los años 50 de que los insumos capital y trabajo explicaban una muy pequeña parte de la tasa de crecimiento de un país, voltearon hacia otras variables para la explicación, tales como tecnología, la calidad del capital y factores culturales, volviendo a considerar la capacidad empresarial o "*entrepreneurship*" de Schumpeter, el concepto de "capital humano", etcétera (Carnoy, 1977: 428; Papanek, 1977: 270). Un pionero entre los economistas que buscaron factores culturales y variables "no económicas", Bert F. Hoselitz (1960), revivió la noción schumpeteriana de "*entrepreneurship*" (capacidad empresarial, entendida principalmente en términos de la propensión a innovar) y tomó las "variables patrón" (*pattern variables*) de Parsons como determinantes fundamentales del proceso de desarrollo y modernización de un país: se supuso entonces que, en naciones subdesarrolladas (tradicionales), los roles o papeles sociales son *a*) predominantemente adscritos (y no "logrados" o adquiridos), *b*) funcionalmente difusos y *c*) orientados hacia fines estrechos y particularistas. Por el contrario, en las sociedades desarrolladas los roles sociales se suponían: *a*) adquiridos por criterios de logro o mérito, *b*) específicos, claramente delineados y *c*) orientados hacia normas universales (Portes, 1976: 62; Hoselitz, 1960: 28-42). Tales patrones de acción se suponían entonces funcionales al desarrollo capitalista y a la modernización. Las ideas de Hoselitz tuvieron mayor impacto entre sociólogos y politólogos que entre economistas, y fueron incorporadas a las teorías de la modernización que en breve revisaremos. Tendríamos que apuntar que los economistas del desarrollo, si bien han puesto alguna atención en la educación como variable importante (aunque más bien dentro del paradigma neoclásico, con la noción de "capital humano"), no la han prestado mucho al papel de la comunicación, masiva o no, en los procesos de desarrollo (Oshima, 1976: 77). Sin

embargo, los investigadores en el campo de la comunicación y el desarrollo sí han sido influenciados de manera muy importante por las diversas teorías económicas en boga.

La visión sociológica de la modernización

Predominante en la sociología y la ciencia política dominantes en occidente, pero en particular en las áreas de influencia de los Estados Unidos, la perspectiva sociológica de la modernización es muy compatible con la teoría de los estadios de Rostow. En su versión más simple, se trata también de una visión bipolar, lineal, que postula dos estados-tipo ideal, a los que se espera que correspondan en alguna medida las sociedades nacionales: sociedades "modernas" y sociedades "tradicionales". El desarrollo es, entonces, el proceso de transición del último tipo de sociedad al primero. Como indicamos al principio de este trabajo, los orígenes de esta visión lineal y evolucionista se pueden rastrear al pensamiento social clásico (Almond y Powell, 1978; Portes, 1976; Eisenstadt, 1976; 1973; Smith, 1973). Sin embargo, las influencias más inmediatas para su generación provienen de los desarrollos recién descritos en el campo de la economía del desarrollo. Dos líneas principales, que se intersectan entre sí, se pueden distinguir en los estudios de la modernización, en términos de su foco principal de explicación: (a) modernización por diferenciación social y (b) por actuación de valores o disposiciones psicológicas (Portes, 1976; Lee, 1980).

Modernización por diferenciación social

La aproximación de la modernización por diferenciación social, en su más compleja formulación, ha sido desarrollada dentro de un enfoque funcionalista y sistémico de ciencia social (Almond y Powell, 1978; Germani, 1973; Smith, 1973). Diversos autores insisten en que esta aproximación debe considerarse como una derivación de las teorías neoevolucionistas de la "convergencia", que postulan que las sociedades industriales modernas tienden a volverse similares, al desarrollar rasgos institucionales básicos similares (Inkeles, 1980; Eisenstadt, 1978: 33; Moore, 1977: 31-32). En esta perspectiva, el crecimiento económico y la productividad también se consideran claves del desarrollo y la modernización, pero las instituciones sociales y los complejos de valores se postulan como variables independientes importantes, que determinan si una nación se encuentra en camino del crecimiento económico y la modernización social y política.

Las sociedades se caracterizan dentro de esta visión en términos de su “autonomía sistémica”, es decir, del rango de problemas que pueden enfrentar exitosamente (Eisenstadt, 1978: 31). Las sociedades modernas resuelven con éxito sus problemas, se dice, en virtud de su alto grado de diferenciación institucional e integración (Portes, 1976: 61-63):

Dado que se presuponía (como estaba implícito en las teorías de la “convergencia”) que básicamente existe sólo una manera “buena” o “verdadera” de enfrentar esos problemas, se deducía que existía sólo uno —o a lo más unos pocos— modos “naturales” mediante los cuales tales organizaciones podrían o deberían funcionar (Eisenstadt, 1978: 32).

Junto con las instituciones, se espera que conjuntos apropiados de valores provean la base cultural para que ocurran la modernización y el “progreso”. De hecho, en el enfoque weberiano-parsoniano de las variables patrón (*pattern variables*), las instituciones son consideradas concretizaciones o materializaciones de conjuntos de valores (Levy, 1972).

Los presupuestos básicos de la aproximación de la diferenciación social a la modernización son: a) la sociedad es un sistema de roles, instituciones y complejos de valores interrelacionados (un “tejido sin puntadas” —Higgins, 1977); b) aun cuando se presume que todas las sociedades tienen algún grado de complejidad, el *continuum* tradicionalismo-modernidad se considera como uno de menor a mayor complejidad (Portes, 1976: 63); c) el cambio social, particularmente la modernización, es un proceso suave y uniforme, dadas las compactas interrelaciones de los subsistemas sociales (Almond y Powell, 1966; Bodenhimer, 1971); d) entonces, se presume que existe una “casi total covarianza” de las tasas de cambio de “casi todos los aspectos principales del ‘desarrollo’, en todas las principales esferas institucionales de la sociedad” (Eisenstadt, 1978: 33); e) sin embargo, la mayoría de las teorías en esta tradición usualmente identifican una “fuerza motriz”, “solvente”, que debería “propulsar el ‘despegue’ hacia la modernidad” (*ibid*: 34): la secularización (Germani, 1969), la “institucionalización de la racionalidad” (Moore, 1977), la urbanización (Lerner, 1958; Germani, 1973), la tecnología (Levy, 1972), la industrialización misma, etcétera. De hecho, aunque no exista un acuerdo general sobre cuál sería la fuerza motriz de la modernización, todos los factores mencionados tienden a mencionarse y a relacionarse entre sí en los modelos explicativos propuestos por los autores que trabajan dentro de esta tradición. Una vez que los meollos institucionales de la modernidad se han establecido, se asegura el camino irreversible hacia el crecimiento económico y la modernidad, siguiendo alguna direc-

ción evolucionista determinada. Por ejemplo, el desarrollo político, es decir la adopción de una democracia burguesa de tipo occidental, se ha supuesto que sigue casi automáticamente de esta evolución lineal (cfr. McCrone y Cnudde, 1967; Lerner, 1963; 1964; Germani, 1971). A la vez, se supone que esto trae consigo el “fin de las ideologías” y la estabilidad política en los países en desarrollo:

Entonces, una vez que los problemas fundamentales de la industrialización se han resuelto —como presupone la teoría del *continuum* que lo serán— la política ideológica que ha hecho crónica a la inestabilidad en Latinoamérica, puede reemplazarse por una política “racional”, dirigida al consenso, en la que se diseñen soluciones técnicas para problemas hasta entonces políticos... (Bodenheimer, 1971: 19).

Las características de la sociedad moderna se extraen de la descripción de rasgos institucionales observados en las sociedades industriales occidentales, y son contrastadas con las características contrarias, usualmente deducidas por defecto y no mediante la observación cuidadosa de las sociedades “tradicionales”. La siguiente larga cita nos parece que resume muy claramente la caracterización contrastada que hacen estos teóricos de ambos tipos de sociedades:

La sociedad tradicional es entendida diversamente como teniendo una predominancia de patrones de acción adscriptivos, particularistas, difusos y afectivos, una estructura familiar extensa con una multiplicidad de funciones, preponderancia de grupos primarios, un sistema ocupacional relativamente simple, poca movilidad espacial y social, bajas tasas de alfabetismo, un sistema de estratificación diferencial, actividades económicas primarias principalmente, una tendencia hacia la autarquía de las unidades sociales, poco contacto con el exterior, casi ningún cambio, una estructura política poco diferenciada, con fuentes de autoridad elitistas y jerárquicas tradicionales, etcétera. En contraste, la sociedad moderna se caracteriza por una predominancia de patrones y orientaciones de acción basadas en el logro, universalistas, específicas y neutrales, estructura familiar nuclear, que sirve funciones limitadas, un sistema ocupacional altamente diferenciado, altas tasas de movilidad espacial y social, alfabetización universal, predominancia de actividades económicas secundarias y producción para el intercambio, la institucionalización del cambio y del crecimiento autosostenido, extensas redes de comunicación, estructuras políticas altamente diferenciadas, con fuentes de autoridad racionales-legales, etcétera (Valenzuela y Valenzuela, 1979: 35).

Cualquiera que sea la fuente primaria de cambio escogida dentro de esta tradición, que estuvo en boga en los años 60 y 70, el acuerdo general es que, si una sociedad se ha de modernizar, los valores, funciones e instituciones modernas tienen que reemplazar a *todas* sus contrapartes tradicionales dentro del sistema social. Esto se conceptúa en términos de procesos de *difusión* de tales rasgos modernos, de las sociedades modernas a las tradicionales. Los medios masivos de difusión y la educación son considerados importantes elementos propagadores de las ideas y valores que eventualmente se traducirán en roles e instituciones sociales. Por ejemplo, en la aproximación funcionalista del “sistema político” y la “cultura política” al “desarrollo político”, los medios de comunicación y la educación formal son considerados como parte fundamental de un complejo sistema político, en el que cumplen funciones de socialización política, así como dentro de los procesos de “agregación de intereses” y “articulación de intereses”. Todo esto, desde la perspectiva de que el desarrollo político es el paso de un sistema político simple a uno complejo (McCrone y Cnudde, 1967). Este último es definido en términos de las democracias burguesas occidentales, y es el que se propone que las naciones “tradicionales” adopten, si se han de desarrollar políticamente (cfr. Nun, 1979).

La perspectiva de la modernización por diferenciación social ha sido la base teórica de una gran cantidad de estudios norteamericanos sobre Latinoamérica (Valenzuela y Valenzuela, 1979: 39-42). Entre los científicos sociales latinoamericanos, el trabajo de Gino Germani (1969; 1971; 1973) ha sido el más importante y coherente dentro de esta tradición.

El desarrollo de la modernización individual psicológica

La visión psicologista dentro de la perspectiva de la modernización es la que ha tenido una mayor influencia *directa* en el estudio del papel de la comunicación y la educación en el desarrollo. Aunque se basa en una versión particular de la tesis principal de Max Weber en *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo*, es decir, que las ideas mueven la historia, veremos que esta aproximación va más allá, pero en el sentido de simplificar el análisis más estructural y cultural de Weber (Portes, 1976: 68-69).

Esta concepción del cambio social es, como se muestra abajo, lineal, aditiva y psicologizante. Sus presupuestos básicos pueden ser resumidos en los términos de tres de sus más conocidos proponentes. Por una parte, el cambio

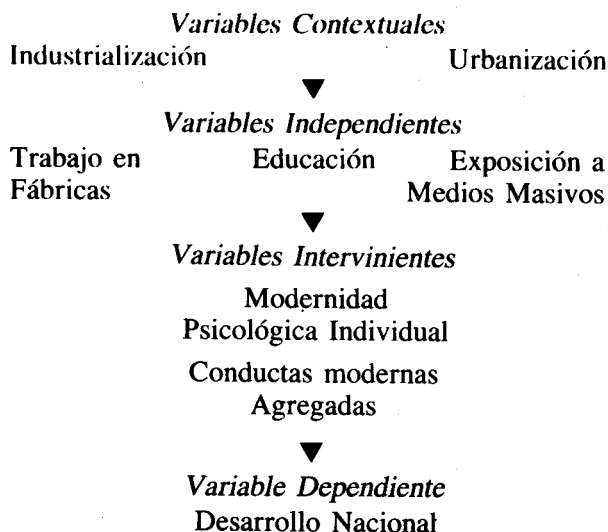
social es, para ellos, “la suma de movibilidades adquiridas por personas individuales” (Lerner, 1963: 331):

La tasa de cambio social es en cualquier parte una función (probablemente una función lineal) del número de individuos que se suman al estrato transicional. Mientras más personas se modernicen en un solo país, mayor será su desempeño total [del país] en los índices de modernidad (Lerner, 1964: 83).

Por otra parte, es fundamental para esta perspectiva la presuposición de que “lo que los hombres piensan y quieren y creen es el meollo del proceso de desarrollo” (McClelland, 1977: 43). Entonces, “la modernización al nivel individual corresponde al desarrollo a nivel social” (Rogers y Svenning, 1969: 14).

La modernidad individual se ha conceptualizado, primero, en términos de rasgos psicológicos particulares considerados clave, como “necesidad de logro” (McClelland, 1961), “empatía” (Lerner, 1963; 1964), o “propensión a innovar” (Rogers y Svenning, 1969; Rogers, 1976), y después como todo un “síndrome” de rasgos de actitud y de comportamiento, íntimamente interconectados (Kahl, 1968; Inkeles y Smith, 1974). La fuerza motora para el desarrollo nacional, según esta perspectiva, está constituida por aquellos “virus mentales” (McClelland, 1977) que se supone infectarán a los individuos con una “movilidad psicológica” (Lerner, 1964) necesaria para lograr el cambio social sostenido hacia la modernización, modificando de esa manera el “espíritu del hombre” (Inkeles y Smith, 1974). Los rasgos psicológicos con los que se caracteriza al hombre moderno se derivan básicamente de la reflexión sobre actitudes y conductas de los habitantes de las sociedades industrializadas, aunque algunos de los teóricos de este enfoque lo niegan (cfr. Inkeles y Smith, 1974: 298; Rogers y Svenning, 1969: 14-15). Por otra parte, un caso común en los escritos de estos estudiosos es que la descripción de la personalidad del hombre moderno “no se complementa con una descripción similar del ‘hombre tradicional’”. Este último es definido [como en el enfoque de la diferenciación social] residualmente: cualquier cosa que no es propiamente moderna debe ser tradicional” (Portes, 1976: 70).

La cadena causal a través de la cual esta teoría postula que la modernidad individual contribuiría al desarrollo nacional puede representarse como sigue, tomando elementos de varios de sus principales proponentes:



La línea causal es clara: la industrialización y la urbanización crearán las condiciones propicias para que los individuos vayan a la escuela, vean televisión y trabajen como obreros, lo que modernizará sus actitudes y hábitos hasta alcanzar el desarrollo nacional o la participación económica y política masivas, gracias a la suma de las conductas individuales modernas. Lo que nunca queda claro dentro de esta perspectiva es cómo se inician o se logran la industrialización y la urbanización. Aun cuando hemos incluido en este modelo “compuesto”, intentando complejizarlo, variables que diversos autores importantes de esta tradición investigativa consideran en sus respectivos modelos, habría que tener en cuenta que de cualquier manera simplificamos un tanto sus argumentos explicativos. Sin embargo, aun cuando, por ejemplo, en los estudios individuales las listas de variables explicativas o “independientes” son más largas, no hay duda de que las que hemos incluido son las que la investigación empírica de estos autores ha mostrado las más importantes. Las variables que hemos situado como “contextuales” están más bien implícitas en el estudio de Inkeles y Smith (1974), mientras que en los de Lerner (1964) y Kahl (1968) están explícitas. El punto que habría que enfatizar aquí es que las variables que se considera determinantes directas de la modernidad individual tienen un carácter “educativo”, ya se trate de la educación formal, de la no formal o de educación informal. Nosotros hemos mostrado en otro lugar (Sánchez Ruiz, 1985a) que la investigación sobre las consecuencias socializadoras y culturizadoras de los medios de difusión masiva los encuentra como importantes aparatos de educa-

ción informal. Por otro lado, Inkeles y Smith (1974: 154-174) claramente muestran en su estudio que la fábrica puede ser "una escuela de la modernidad". Sin embargo, sigue pendiente el que la investigación empírica muestre que tales procesos "modernizadores" en el plano educativo o cultural lleven necesariamente a procesos de desarrollo económico (capitalista) participativos, reductores de desigualdades dentro y entre las naciones.

Se han construido varias escalas, con el propósito de medir la modernidad psicológica. Aun cuando estas diversas escalas tienen rasgos en común, existe variación en algunas de sus dimensiones, lo que refleja necesariamente variaciones teóricas, como veremos después. Sin embargo, en términos generales el "hombre moderno" de esta aproximación "se caracteriza internamente por una cierta flexibilidad mental al enfrentarse a situaciones nuevas y, externamente, por similitud con las orientaciones valorales dominantes en las sociedades industriales occidentales" (Portes, 1976: 70). No obstante, los autores del intento más ambicioso de medir la modernidad individual presumen de que "el síndrome total de modernidad" (*overall modernity syndrome*, OM):

...no es un síndrome que lleve la estampa cultural distintiva de Europa. Por el contrario, nosotros creemos que es de un orden más alto, que indica una característica humana más general que es *pancultural en significado y transnacional en relevancia* (Inkeles y Smith, 1974: 298; énfasis añadido).

Veremos posteriormente en este escrito que existe evidencia que relativiza tan categórica aserción.

Hemos visto que la tradición psicologizante de la teoría de la modernización considera la exposición a los medios masivos de difusión como un importante vehículo para la modernización de los individuos, un "multiplicador mágico" (Rogers y Svenning, 1969: 96; Lerner, 1964). Esta razón, y el hecho de que la investigación de comunicación en Estados Unidos ha tenido tradicionalmente una orientación psicologizante e individualizante (Beltrán, 1976; Pietilä, 1978; Sánchez Ruiz, 1985a), explican el extenso uso de la perspectiva de la modernización psicológica individual en una gran cantidad de estudios norteamericanos sobre el papel de la comunicación en el desarrollo. Por algún tiempo, este enfoque ha sido influyente en Latinoamérica y otras partes del mundo, entre otras razones por la enorme cantidad de investigación que se ha realizado por parte de investigadores norteamericanos, o con financiamiento estadounidense (Schenkel, 1981; Tunstall, 1977; Beltrán, 1976; Bordenave, 1976). Las agencias norteamericanas como la AID (*Agency for International Development*) o la USIS (*United States Informa-*

tion Service) han apoyado intensivamente esta línea de investigación (Tunstall, 1977: 203-214).

Desarrollo y Comunicación Social

Elliot y Golding (1974) identificaban tres principales enfoques en el estudio del desarrollo y del papel de los medios de comunicación en este proceso, como los predominantes en los dos últimos decenios: a) la “teoría de los índices del desarrollo y la teoría de la correlación entre los medios y el cambio”; b) la “teoría de la diferenciación y los enfoques psicológicos de los medios”; y finalmente, c) las “teorías del cambio exógenamente producido y las aproximaciones difusionistas al papel de los medios” (*ibid*: 230). De acuerdo a nuestra revisión previa, los tres enfoques discutidos por los autores ingleses estarían resumidos por lo que nosotros hemos llamado el enfoque de la modernización por difusión, que tendría simplemente diversos puntos de vista y niveles de generalidad para relacionarse con la realidad histórica concreta. Estos mismos autores parecen reconocerlo así, en particular con respecto al papel de la comunicación en el desarrollo, ante la presuposición compartida de que este papel sería el de “iluminar” individuos mediante la difusión de valores y actitudes modernas: “...todas ellas están basadas en teorías psicológicas del cambio. El desarrollo es concebido como un proceso de iluminación individual [*individual enlightenment*], un agregado de ajustes de personalidad que produciría nuevos tipos de gente” (*ibid*: 233).

Esta visión difusionista, que como hemos visto ha sido predominante en diversas ciencias sociales de los países centrales, se convirtió en un trasfondo teórico *ad hoc* para la proliferación de estudios empíricos y análisis teóricos sobre los medios de difusión masiva y los procesos de desarrollo y cambio social. Reflexionando sobre la complementariedad que se presumía entre la difusión de capital y tecnología con la de ideas, actitudes y valores, Wilbur Schramm (1979: 7) indicaba que:

...estaban relacionados de manera interesante, porque muchos observadores concluían que el modelo de la difusión económica no funcionaría bien, a menos que se pudiera elevar la productividad y afluencia de la gente del medio rural, y se contaba con el modelo de difusión de la comunicación para cambiar el desempeño económico a nivel rural.

Parece haber acuerdo en que el trabajo de Daniel Lerner, *The Passing of Traditional Society*, publicado por primera vez en 1958, fue el principal punto de partida de la visión optimista sobre el papel de la comunicación

de masas en la modernización (Lee, 1980: 19-23; Nordenstreng y Schiller, 1973: 3-7). El modelo original de la modernización de Lerner, que fue seguido por una gran cantidad de estudios, partió de la observación de ciertas correlaciones entre algunas variables en países del Medio Oriente, de donde se generalizó para intentar explicar cómo ocurrirían los procesos de desarrollo nacional entendidos como procesos de "modernización": se suponía que la industrialización tendía a elevar la urbanización; ésta, a su vez, elevaría la alfabetización, seguida por un incremento en la exposición de la población a los medios masivos de comunicación. El alfabetismo y la exposición a los medios producirían en los individuos "empatía" (la habilidad psicológica de ponerse uno en el lugar de otro), o "movilidad psicológica", lo que finalmente tendería a aumentar la participación política y económica. Este era un modelo causal, lineal, elegante y optimista, que debido a su simplicidad atrajo la atención de investigadores dentro del campo de la comunicación y la modernización. Aun más, Lerner (1963) propuso posteriormente toda una "teoría de la modernización basada en la comunicación", a partir de su trabajo previo, la cual fue tomada seriamente y aun expandida por algunos investigadores (McCrone y Cnudde, 1967). Es curioso notar que durante la década en que, a partir de la publicación del influyente libro de Joseph Klapper (1960) sobre los efectos de la comunicación de masas, los investigadores de la comunicación *dentro* de Estados Unidos dudaban que los medios fueran una influencia potente real para el cambio, los investigadores norteamericanos que trabajaban en contextos subdesarrollados se encontraban "comprometidos con la visión de que tales medios podrían y habrían de producir cambios profundos" (Krippendorff, 1979: 75). El trabajo de Wilbur Schramm (1964), *Medios Masivos y Desarrollo Nacional*, continuó y extendió la presuposición teórica de que los medios participaban en el desarrollo como agentes de cambio. El influyente trabajo de Everett Rogers sobre la difusión de innovaciones proveyó aun más apoyo a la misma concepción, partiendo de una visión microsociológica y psicologizante (Rogers y Svenning, 1969; Rogers y Shoemaker, 1974). Vale la pena recordar algunas de las definiciones de este autor, que nos parecen muy representativas de la visión predominante en los años 60 y 70:

Desarrollo es un tipo de cambio social en el que *nuevas ideas son introducidas* en un sistema social para producir más altos ingresos per cápita y niveles de vida, mediante métodos de producción más modernos y una mejor organización social (Rogers y Svenning, 1969: 8-9; segundo énfasis añadido).

La modernización al nivel individual corresponde al desarrollo al nivel social. La *modernización* es el proceso por el cual los individuos cambian de un

modo de vida tradicional a un estilo de vida más complejo, tecnológicamente avanzado y rápidamente cambiante (*ibid*: 4).

Este autor ha cambiado ya en mucho sus concepciones de los años 60 y 70 (Rogers, 1978; 1976). Sin embargo, sus publicaciones de los años sesenta continúan circulando en varios idiomas y siguen siendo muy influyentes. Por otra parte, autores como Lerner (1977) y McClelland (1977) han continuado insistentemente con su línea básica de razonamiento. Hemos apuntado ya que la comunicación masiva era considerada dentro de esta perspectiva como un “multiplicador mágico” de esas ideas, actitudes, conocimientos y aspiraciones nuevas que cambiarían los modos de vida de los individuos. Es importante recalcar que en esta tradición no se puso en cuestión el quién poseía o controlaba los medios y, en consecuencia, se consideraba que todos los mensajes de éstos eran “pro-modernización” o “pro-desarrollo”: “Mucho del contenido en todos los medios, incluyendo la publicidad, es informativo, educativo o propagandístico por naturaleza, diseñado para informar o persuadir a la gente acerca de varios tipos de modernización” (McNelly, citado por Rogers y Svenning, 1969: 99). Es decir, no importando quiénes fueran los que controlaran y se beneficiaran directamente de los medios, se suponía que en última instancia su actuación social como irradiadores de mensajes era benéfica para el desarrollo-modernización.

Para los intelectuales que trabajaban dentro de esta línea de investigación era tan importante el papel de la comunicación en el cambio de ideas, expectativas y valores, que durante los años sesenta estaría tomando forma una nueva concepción, que después serviría como explicación *ad hoc* de la falla de la modernización individual para producir cambios económicos, políticos y sociales: los medios masivos —entre otros factores— habían estado provocando una “revolución de las expectativas crecientes”; pero debido a rigideces políticas, tales como “líderes carismáticos” y “gobiernos no democráticos” (Lerner, 1963; 1977), la realidad misma del mundo tradicional habría producido una “revolución de frustraciones crecientes” (*ibid*; Rogers, 1969: 12-13). Lerner añadiría después un “estadio” final, “común a todas las experiencias de desarrollo del último cuarto de siglo”: la toma del poder por militares (1977: 291). Las tres etapas de Lerner son, como las etapas de Rostow, pura ficción histórica. En la sección siguiente haremos una crítica más amplia de la teoría de la modernización y de la difusión.

El clímax del optimismo de la década del sesenta tuvo su mejor expresión en el libro de Lerner y Schramm (1967) *Communication and Change in the Developing Countries* (que incluía un prólogo de Lyndon Johnson). Este libro, compuesto por las ponencias de una conferencia internacional,

que reunió a “expertos” de varios países en Honolulu el año anterior a su publicación, tuvo un seguimiento diez años después, esta vez llegando a una perspectiva más bien sombría acerca del desarrollo del Tercer Mundo y del papel de la comunicación en el mismo (Schramm y Lerner, 1978). Describiremos al final de la siguiente sección la conclusión más importante de esta segunda reunión.

Una gran cantidad de investigaciones empíricas fueron hechas en Latinoamérica durante las dos últimas décadas, siguiendo el paradigma de la difusión y la modernización, y muchos investigadores del subcontinente lo han utilizado como marco de sus propias investigaciones (Rogers y Svenning, 1969; Ordoñez et al, 1972; Córdova et al, 1972; León Martínez, 1974; Díaz Bordenave, 1976; Amaya y Novoa, 1976).

Evaluación del enfoque de la modernización por difusión

Los decenios de 1960 y 1970 fueron llamados “décadas del desarrollo” primera y segunda, en organismos internacionales como las Naciones Unidas. Nos encontramos ya a la mitad de la tercera “década del desarrollo”. Durante ese lapso, gran parte del contenido de las teorías que acabamos de describir sirvió de base para el trabajo de agencias de desarrollo gubernamentales e intergubernamentales, nacionales e internacionales. Para el primer decenio mencionado, la ONU estableció como objetivo del desarrollo del llamado Tercer Mundo una tasa de crecimiento del ingreso nacional de cinco por ciento. De hecho, el objetivo del 5% de crecimiento, como *promedio* para el Tercer Mundo, se cumplió y aun se excedió ligeramente:

Las tasas de crecimiento para los países en vías de desarrollo han sido de cerca del doble de las tasas de crecimiento de los ahora países avanzados... durante su período de industrialización rápida, y también cerca del doble de las tasas de crecimiento de esos mismos países en vías de desarrollo durante el siglo anterior a la Segunda Guerra Mundial (Higgins, 1977: 99).

Hay algunas evaluaciones más bien optimistas del desempeño económico del Tercer Mundo (e.g., Warren, 1973; 1979), y algunas más bien “agnósticas”, que encuentran aspectos positivos y negativos (Ohlin, 1979). Pero el sentimiento generalizado ha tendido a ser de decepción, a pesar del crecimiento mencionado, aparentemente impresionante. La razón de tal desilusión ha sido que la alta tasa de crecimiento promedio ha enmascarado un proceso global de polarización entre y dentro de los países. Por un lado, se ha visto a algunos países, particularmente los ricos en recursos naturales

(especialmente petróleo) crecer a tasas de 10% o más, con exportaciones frecuentemente excediendo el 20% de crecimiento anual (Ranis, 1977: 255). Sin embargo, los mercados internacionales de materias primas —el de hidrocarburos en primera línea— han presentado variaciones drásticas desde fines de la década de 1970 y principios de la actual, en detrimento de los países exportadores. Por otro lado, la vasta mayoría de países en vías de desarrollo, incluyendo algunos de los más grandes y más pobres, no han experimentado ninguna mejoría real, constituyendo lo que ahora es llamado el “Cuarto Mundo”. Más de la mitad de la población del mundo subdesarrollado se incluiría en esta categoría, que “ha experimentado un virtual estancamiento a niveles de ingresos per cápita por debajo de 100 dólares al año” (*ibid.*):

...el número de personas desnutridas... se incrementó, el número de analfabetas también creció, había más niños fuera de las escuelas que dentro de ellas, los objetivos de salud no se lograron, y la desigualdad en la distribución del ingreso empeoró como nunca (Higgins, 1977: 100)

Aún más, algunos países como Brasil y México, que llegaron a presentar tasas promedio de crecimiento del 6% o más, han sufrido simultáneamente un proceso de polarización, con altas tasas de desempleo, inflación, etcétera (cfr. Cardoso, 1973; González Casanova, 1981: 11-27):

Ya escogamos el coeficiente de Gini o el índice favorito de McNamara con relación a la proporción del ingreso total que llega a los cuartiles más bajos y más altos, la distribución del ingreso en México, Brasil, en Filipinas, de hecho, en la mayoría de los países en vías de desarrollo, ha estado empeorando durante la década pasada (Ranis, 1977: 264).

Durante los primeros años del decenio de 1970, las tasas de crecimiento fueron más altas que nunca (Ohlin, 1979: 135-139), pero los resultados generales fueron igualmente desesperanzadores. Después de 1973, el crecimiento se detuvo y ocurrió el estancamiento con inflación a nivel mundial: “la insatisfacción con las fluctuaciones y tendencias económicas fue más profunda que nunca” (Higgins, 1977: 100). Durante los años ochenta, el vertiginoso crecimiento de la deuda externa se ha agregado a la suma de males que aquejan al mundo subdesarrollado capitalista, siendo los países más afectados por el problema de la deuda algunos de los que supuestamente iban por un “excelente” camino de desarrollo capitalista y modernización, como Argentina, Brasil y México.

Ahora bien, si consideramos la visión general del desarrollo como un proceso de modernización por difusión (de capital y tecnología, instituciones y valores, rasgos psicológicos, etcétera), como un “paradigma” en el sentido de Thomas Kuhn (1970), o como constituyendo una “tradición investigativa” (Laudan, 1979; 1981), podríamos dar cuenta de que la situación que describimos en los párrafos anteriores ilustra muy bien lo que Kuhn llama una “crisis”, en términos de una acumulación de anomalías a las que el paradigma reinante no puede aparentemente dar solución. En los términos del análisis de Larry Laudan (1981), un grupo de teorías que pertenecen a una tradición investigativa particular, muestran crecientemente su incapacidad para resolver problemas empíricos y/o teóricos, minando de tal manera la viabilidad explicativa y práctica de la tradición de investigación científica en ciernes, como visión dominante. Esto sucede cuando, como resultado de la “mala conducta” de la realidad con respecto a las expectativas de los científicos integrantes de tal tradición, se genera la necesidad de introducir tal cantidad de modificaciones *ad hoc* a las explicaciones teóricas, hasta llegar a poner en prueba y a comenzar a refutar conceptual o empíricamente aun los presupuestos subyacentes más básicos de las teorías (el “núcleo básico”, o *hard core* de un programa de investigación, en los términos de Imre Lakatos, 1980). Dice un estudioso que alguna vez fue un gran entusiasta de la teoría de la modernización:

No hay solamente una brecha creciente entre los “ricos y los pobres” en términos de la repartición del producto mundial; hay una brecha creciente entre la comprensión intelectual del proceso y la manera en que los procesos se están desarrollando en el mundo contemporáneo (Nash, 1977: 16).

Una serie de indicadores de la crisis del paradigma difusionista han sido, como se ha anotado antes, los cambios en el significado y en las medidas del “desarrollo” (cfr. Hirschman, 1980; Cardoso, 1980; Streeten, 1979); así como la lista cambiante de “componentes faltantes”, cuya adopción o adquisición por parte de sistemas sociales o individuos tradicionales, se suponía iban a modernizar a las naciones subdesarrolladas y a llevarlas hacia el desarrollo autosostenido y participativo (Streeten, 1979: 37-49; Higgins, 1977; Eisenstadt, 1973; 1978). El crecimiento global no solamente trajo consigo el resultado —inesperado por esta tradición— de polarización y desigualdad. La modernización, cuando ocurrió, no produjo o propició la democracia y la participación política y económica masivas (cfr. Collier, ed., 1979; Ohlin, 1979; Hirschman, 1980). El componente de democratización política fue o simplemente presupuesto o totalmente ignorado en los traba-

jos de economistas, pero en los de sociólogos o de politólogos era un resultado importante esperado del proceso de modernización (Germani, 1971; Lerner, 1964). Las concepciones lineales, como la de Rostow, fueron confrontadas y refutadas no solamente en su base histórica, sino también en términos lógicos, morales, políticos y económicos (Streeten, 1979; 26-27). El enfoque general de la modernización fue duramente criticado porque, partiendo de una identificación etnocéntrica de la etapa final de la modernidad con la realidad cultural, económica, política y social de los países industrializados (Smith, 1873: 89; Nash, 1977: 17-18), les "atribuiría una historia" a éstos, negando toda dinámica histórica a los países subdesarrollados (Frank, 1970: 40). Se produciría entonces un "extravío conceptual" (Portes, 1976: 67). Aun más, la evidencia histórica mostró que, por ejemplo, Inglaterra, Japón y Estados Unidos no "despegaron" hacia la modernidad en virtud de sus características originalmente modernas (como presume el modelo de difusión que sucederá con las sociedades tradicionales, una vez que sus rasgos tradicionales son substituídos por rasgos modernos). Por el contrario, como lo ha mostrado un anterior defensor de la visión lineal (Eisenstadt, 1973: 117-193), fue más bien la "dinámica de la tradición" en esos países la que llevó a su posterior transformación (cfr. Portes, 1973; 1976). En suma, como lo ha observado Osvaldo Sunkel (1979: 29), esta tradición investigativa deseaba explicar el proceso a partir de sus consecuencias, en lugar de por sus antecedentes y circunstancias históricas. La teoría evolucionista se mostró, entonces, tautológica, fallando en diferenciar los elementos de sus definiciones, de los factores invocados en sus explicaciones (Smith, 1973: 89; Nash, 1977: 17). La variabilidad misma de las sociedades tradicionales y "transicionales" "gradualmente minó el modelo paradigmático de la modernización" (Eisenstadt, 1978: 34).

Por otra parte, un presupuesto frecuente en este paradigma es que las naciones son sistemas relativamente cerrados de producción, descuidando su articulación al sistema capitalista mundial (Wallerstein, 1979) o, como apunta Alejandro Portes (1979: 66): "No se comprende la introyección de la economía y política de algunas sociedades dentro de la estructura interna de otras y el dinamismo supranacional de una economía mundial organizada". Otro problema importante al que apuntan los críticos de esta aproximación general es que, aun cuando no se olvida completamente de las relaciones internacionales, el análisis de las mismas es muy reducido y su acento es usualmente en el lado del contacto positivo, beneficioso, entre sociedades modernas y tradicionales a través de los procesos de difusión (Bodenhimer, 1971: 23-33; Rubinson, 1976: 638-639).

La crisis del modelo comunicativo de la modernización

Como el paradigma más amplio que las engloba, las teorías de la modernización individual y el “enfoque comunicativo del desarrollo” —íntimamente relacionadas— han acumulado anomalías durante los últimos dos decenios. La fuerza que la aproximación de la modernización individual al desarrollo arguye tener son sus corroboraciones empíricas: “El hombre moderno”, aseveran Inkeles y Smith (1974: 290), “no es sólo un constructo en la mente de sociólogos teóricos. El existe y puede ser identificado con buena confiabilidad dentro de cualquier población donde nuestro *test* pueda ser aplicado”. Sin embargo, un primer problema que han encontrado los analistas con el concepto de “modernidad psicológica” y sus medidas es que las escalas de modernidad son multidimensionales, en vez de unidimensionales (Schnaiberg, 1970: 399-425): de tal manera, no se puede presuponer que *todos* los elementos del conjunto de orientaciones tradicionales cambien al mismo tiempo hacia el “síndrome de la modernidad”. Aun más, el “síndrome de la tradicionalidad” ha sido ignorado por todos los investigadores dentro de este enfoque, y se le ha convertido más bien en un concepto residual. Las dimensiones del concepto de modernidad no son totalmente las mismas entre investigadores y así, por ejemplo, Portes (1973: 251) notó que mientras algunos apuntaban al individualismo como un rasgo principal del “hombre moderno”, otros acentuaban los valores orientados hacia la comunidad. Armer y Schnaiberg (1972) aplicaron las escalas de modernidad más ampliamente usadas a una muestra de ciudadanos estadounidenses, dentro de un diseño complejo de series temporales. Estos investigadores encontraron que, si bien las escalas se interrelacionan entre ellas, “no son indicadores equivalentes de modernidad individual” (*ibid*: 307). Cada escala mide una porción de algún fenómeno común, pero cada una incluye también medidas de aspectos de la realidad con los que no tratan las otras escalas. Aun cuando efectivamente parece haber una relativamente alta correlación entre estas escalas (y por lo tanto, “validez convergente”), Schnaiberg y Armer las encontraron igual de altamente correlacionadas con medidas de “alienación”, de “anomia” y de posición socioeconómica (y por lo tanto, con muy baja “validez discriminante”). Su conclusión fue que, o la modernidad sí existe en la realidad psicosocial pero las medidas disponibles hoy día no han podido capturarla todavía, “o *no* hay un concepto distintivo, universal de ‘modernidad’ que exista, excepto en las mentes de científicos sociales” (*ibid*: 315). Entonces, a pesar de los reclamos de Alex Inkeles sobre la validez y confiabilidad universales de su propia escala, los analistas finalizan indicando que, “indiferentemente de qué posición toma uno, la noción de que la ciencia social ha

podido desarrollar una medida universalmente válida de modernidad aparece como falsa” (*ibid*).

Por otra parte, los teóricos de la modernidad individual se han preocupado por puntualizar con precisión los principales rasgos caracterológicos del “hombre moderno” y, mediante evidencia correlacional, las “fuentes” de tales rasgos, pero *no* de sus consecuencias sociales reales. A este respecto, algunos estudiosos han apuntado que el “hombre moderno” no tiene que ser necesariamente un “*hombre desarrollista*” (Wells, 1972: 36-37; Portes, 1973; 1976). Armer e Isaac (1978) aplicaron la escala de modernidad de Inkeles a una muestra de sujetos costarricenses, para ver si, como lo estipulaba la teoría, la modernidad psicológica llevaría a la presencia de “conductas modernas”, las que a su vez se esperaba llevaran a la “modernización social”. Usando técnicas complejas de regresión múltiples, análisis de flujos (*path analysis*) y un modelo de ecuaciones estructurales, estos investigadores descubrieron que, “para la mayoría de las conductas modernas [un conjunto de 15 conductas, las más citadas en la literatura], la modernidad psicológica tiene poca o ninguna influencia independiente o mediadora” (*ibid*: 324). Es decir, de la secuencia causal hipotetizada se encontró que un eslabón importante no existía:

...los resultados minan la confianza en la tesis de la modernidad con respecto a la importancia de las actitudes y valores modernos para producir una conducta identificada como instrumental para la modernización de la sociedad (*ibid*: 331).

Esta conclusión concuerda con algunas críticas a esta aproximación al nivel conceptual, en el sentido de que “sin importar lo que los psicólogos puedan pensar, las sociedades no son la simple suma ‘aditiva’ de sus miembros individuales” (Portes, 1976: 71; cfr. Lee, 1980: 20). Recordemos, por otra parte, que un resultado del desarrollo económico y la “modernización”, como son la industrialización y la urbanización, son tomadas como fuentes importantes o variables contextuales y/o antecedentes para el proceso de modernización (del cual son resultado), llevando a una aporía del tipo de “qué fue primero: el huevo o la gallina”.

Los problemas y anomalías de la tradición investigativa de la modernización por difusión hacen transparentes los problemas que enfrentaron los estudios sobre la comunicación, la educación y el desarrollo dentro de esta misma tradición. En los años sesenta y setenta, la evidencia comenzó a acumularse, mostrando que la característica imputada a los medios de comunicación como “multiplicadores mágicos” de la modernidad y del desarrollo no esta-

ban correspondiendo a las expectativas (Grunig, 1969; 1971; Felstehausen, 1971; Havens, 1972; McAnany, 1978; O'Sullivan, 1979). Lo que todos estos estudios mostraban era que los programas de cambio social y de educación no formal para el cambio social, que hacían uso extensivo de los medios masivos —la mayoría de ellos implantados en entornos microsociales—, no estaban logrando los resultados esperados de “desarrollo”. Por ejemplo, el estudio de Grunig (1971) entre campesinos colombianos mostraba que *no todos* los contenidos de los medios eran necesariamente “pro desarrollo”, como, por ejemplo, suponía Everett Rogers, cuya investigación era también sobre campesinos colombianos (Rogers y Svenning, 1969). Es decir, sólo la “información situacionalmente relevante”, en particular con respecto a las necesidades de toma de decisión de los campesinos, podría producir una diferencia real en sus vidas. *Pero*, aun la información situacionalmente relevante fallaría en lograr algún cambio si existían rigideces estructurales, políticas y económicas, como la falta de acceso a la tierra, al crédito, a los insumos, etcétera. La conclusión de este tipo de estudios ha sido que:

Una comunicación habilidosa puede cambiar las percepciones de un campesino sobre su situación, pero no puede, actuando sola, cambiar mucho la situación. Puede ayudar a un granjero atrasado a ver oportunidades que él ignora, pero si pocas oportunidades existen, la información no las creará (Brown y Kearl, 1967: 25).

Entonces, concluían los investigadores, “el cambio estructural es la esencia del desarrollo, y la comunicación un complemento” (Grunig, 1971: 582). Fueron muchos los estudios realizados durante la década pasada que apoyaban estas conclusiones básicas (Felstehausen, 1973; Díaz Bordenave, 1976; McAnany et al, 1977; O'Sullivan, 1979). El Instituto de Investigación de la Comunicación de la Universidad de Stanford fue una vanguardia en el campo del estudio de la comunicación para el desarrollo durante las décadas de 1960 y 1970, bajo el liderazgo de Wilbur Schramm y con el apoyo financiero de diversas instituciones norteamericanas. Un reporte del mismo Instituto, que evaluaba quince años de actividades de la Agencia para el Desarrollo Internacional del Departamento de Estado norteamericano (USAID) llevaba como título “*La comunicación como complemento*” (Hornik et al, 1979). Es sintomático que, el mismo año de publicación del informe, cesó el financiamiento de la USAID al programa de maestría en Comunicación y Desarrollo que se ofrecía en la misma Institución.

Ahora bien, reconozcamos que, a pesar de los problemas que se han indicado sobre la teorización causal de la modernidad individual, los estudios

empíricos han mostrado que, en países con grados avanzados de industrialización y urbanización como Brasil y México, proliferan individuos que pueden caracterizarse como “modernos”, y que hay individuos más modernos que otros. La posición socioeconómica (de la cual la educación y el ingreso son considerados indicadores) y la exposición a los medios de comunicación se han encontrado muy altamente correlacionadas con la modernidad. Reconocemos, entonces, que el concepto de modernidad individual pueda tener un valor descriptivo. Sin embargo, por ejemplo Alejandro Portes ha comentado que las motivaciones de logro y la modernización individuales pueden ser relativamente absorbidas a nivel social, sin cambiar una situación básica de subordinación y de desigualdad. El argumento explicativo, entonces, tendría que cambiar. El mismo autor citado ofrece una explicación alternativa a la existencia de la modernidad individual:

Como una alternativa al retrato dramático de un nuevo sistema de personalidad que emerge espontánea e independientemente en diferentes contextos sociales, me gustaría proponer la explicación de que la universalidad de la modernidad es una consecuencia obvia de la universalidad de la difusión de valores y patrones de comportamiento modernos, i.e., occidentales. Mucha gente en muchos países han tenido la oportunidad de socializarse en, esencialmente, el mismo conjunto de orientaciones. El poder y la eficiencia de los mecanismos de difusión cultural en Occidente garantizan que su mensaje no llegará en la forma de rasgos aislados, sino como un todo consistente... (Portes, 1973: 271).

El “síndrome de la modernidad” es entonces muy probablemente un rasgo psicosocial que constituye un correlato del proceso de transnacionalización cultural, que a su vez corresponde al proceso de internacionalización del capital que ha ocurrido intensivamente durante el presente siglo (Schiller, 1976; Sunkel y Fuenzalida, 1979; Reiffers et al, 1982). Quizá dentro de un enfoque explicativo más global, que tuviera en cuenta estos procesos, los aportes descriptivos de las investigaciones recién reseñadas adquirirían mayor significación teórica y práctica (Sánchez Ruiz, 1985a; 1986b).

El hecho es que se han acumulado las anomalías en el pensamiento del desarrollo que se ha centrado en la modernidad por difusión. En el campo de la comunicación y el desarrollo, el clima festivo y optimista de los 60 dio paso a un ambiente sombrío, que se mostró por ejemplo en el encuentro de Hawaii, al que nos referimos en la sección anterior, seguimiento de uno habido en el mismo lugar diez años antes, que reunió a algunos de los más renombrados expertos internacionales en la materia (Schramm y Lerner, 1978). Las palabras de uno de los organizadores del evento muestran el “es-

tado de la cuestión” percibido en el mismo: “Para ponerlo de una manera sencilla, las cosas no son tan simples como se habían presupuesto, y la generalidad buscada por el viejo paradigma puede no ser posible ahora. ¡De regreso al viejo pizarrón!” (Schramm, 1978: 48). Creemos que este reconocimiento es suficientemente elocuente para servir de corolario de este *requiem* por la teoría idealista de la modernización y el desarrollo.

REFERENCIAS

- ALMOND, G. and G. B. Powell (1978): *Comparative Politics: System, Process, Policy*. Boston: Little Brown
- AMAYA, Susana y Andrés Novoa (1976): *Tendencias de la Investigación en Comunicaciones para el Desarrollo Rural en América Latina*. Cali, Colombia: Documento Presentado en la Reunión de Consulta sobre "Investigación de la Comunicación para el Desarrollo", Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo, Noviembre.
- ARMER, Michael and Larry Isaac (1978): "Determinants and Behavioral Consequences of Psychological Modernity: Empirical Evidence from Costa Rica", *American Sociological Review*, Vol. 43, N.º 3, (pp. 316-334).
- ARMER, Michael y Allan Schnaiberg (1972): "Measuring Individual Modernity: A Near Myth", *American Sociological Review*, Vol. 37, Núm. 3, pp. 301-316 (Junio).
- BAMBIRRA, Vania (1978): *Teoría de la Dependencia: Una Anticrítica*. México: ERA.
- BARAN, Paul B. (1968): *The Political Economy of Growth*. Nueva York y Londres: Modern Reader.
- BARAN, Paul y E.J. Hobsbawn (1961): "The Stages of Economic Growth: A Review", *Kyklos*, Vol. XIV, Fasc. 2, pp. 234-242.
- BELTRAN, Luis Ramiro (1976): "Alien Premises, Objects and Methods in Latin American Communication Research" in E.M. Rogers (comp.): *Communication and Development: Critical Perspectives*. Beverly Hills: SAGE.
- BODENHEIMER, Susanne J. (1971): *The Ideology of Developmentalism: The American Paradigm Surrogate for Latin American Studies*. Beverly Hills: SAGE, Comparative Politics Series, Vol. 2, Núm. 01-015.
- BROWN, M.R. y B.E. Kears (1967): *Mass Communication and Development: The Problem of Local and Functional Relevance*. University of Wisconsin: Land Tenure Center Paper Núm. 38.
- BURY, John (1971): *La Idea de Progreso*. Madrid: Alianza Editorial.
- CARDOSO, Fernando Henrique (1980): "El Desarrollo en el Banquillo", *El Economista Mexicano*, Vol. 14, Núm. 5, Sep.-Oct. (pp. 86-110).

- CARDOSO, Fernando Henrique (1977): "The Originality of a Copy: CEPAL and the Idea of Development", *CEPAL Review*, Second Half of 1977, United Nations Publications E.77.II.G.5.
- CARDOSO, Fernando Henrique (1973): "Associated-Dependent Development: Theoretical and Practical Implications" in Alfred Stepan (ed.): *Authoritarian Brazil: Origins, Policies, and Future*. New Haven y Londres: Yale University Press.
- CARDOSO, F.H. y F.C. Weffort (1979): "Ciencia y Conciencia Social" in G. Boills M. y A. Murga F. (comps.): *Las Ciencias Sociales en América Latina*. México: UNAM.
- CARNOY, Martin (1977): "Education and Economic Development: The First Generation", *Economic Development and Cultural Change*, Vol. 25, Suplemento.
- CENTRO Latinoamericano de Investigaciones en Ciencias Sociales/UNESCO (1970): *Sociología del Desarrollo: Seminario Sobre Aspectos Teóricos y Metodológicos*. Buenos Aires: Solar/Hachette.
- CEPAL (1981): *Latin American Development in the 1980s*. Santiago: O.N.U., CEPAL: Decimonona Sesión, Montevideo, Uruguay, 4-16 Mayo (E/CEPAL/G. 1150, 9 Febrero, 1981).
- CEPAL (1969): *El Pensamiento de la CEPAL*. Santiago: Editorial Universitaria (Colección Tiempo Latinoamericano).
- CEPAL (1951): *Economic Survey of Latin America*. Nueva York: United Nations Department of Economic Affairs.
- COLLIER, David (ed.) (1979): *The New Authoritarianism in Latin America*. Princeton: Princeton University Press.
- CORDOVA G., Gonzalo et al (1972): *Problemas Estructurales de la Comunicación Colectiva*. San José: Centro de Estudios Democráticos de América Latina.
- DIAZ Bordenave, Juan (1976): "Communication of Agricultural Innovations in Latin America: The Need for New Models" in E.M. Rogers (comp.): *Perspectives*. Beverly Hills: SAGE.
- EISENSTADT, S.N. (1978): "The Changing Vision of Modernization and Development" in W. Schramm y D. Lerner (comps.): *Communication and Change: The Last Ten Years-And The Next*. Honolulu: The University Press of Hawaii.
- EISENSTADT, S.N. (1973): *Tradition, Change and Modernity*. Nueva York: John Wiley & Sons.
- ELGUEA, Javier (1982): *Progressiveness and Degeneration in National Development Theories: Modernization and Dependency*. Stanford University: SIDEC (Manuscrito Inédito).
- ELLIOT, Philip y Peter Golding, (1976): "Mass Communication and Social Change: The Imagery of Development and the Development of Imagery" in Kadt, Emmanuel de y Gavin Williams (eds.): *Sociology and Development*. Londres: Tavistock.
- FELSTEHAUSEN, Herman (1973): "Conceptual Limits of Development Communications Theory", *Sociologia Ruralis*, Vol. XIII (pp. 39-52).

- FRANK, Andre Gunder (1970): *Latin America: Underdevelopment or Revolution*. Nueva York: Monthly Review Press.
- FURTADO, Celso (1978): *Economic Development of Latin America*. Cambridge: Cambridge University Press.
- GERMANI, Gino (1973): "Urbanization, Social Change, and the Great Transformation" in Gino Germani (comp.): *Modernization, Urbanization and the Urban Crisis*. Boston: Little Brown & Co.
- GERMANI, Gino (1971): *Política y Sociedad en una Epoca de Transición*. Buenos Aires: Paidós.
- GERMANI, Gino (1969): *Sociología de la Modernización: Estudios Teóricos, Metodológicos y Aplicados a América Latina*. Buenos Aires: Paidós.
- GOLDING, Peter (1974): "Media Role in National Development: Critique of a Theoretical Orthodoxy", *Journal of Communication*, Vol. 24, Núm. 3 pp. 39-53 (Verano).
- GONZALEZ Casanova, Pablo (198): *El Estado y los Partidos Políticos en México*. México: Era.
- GONZALEZ Casanova, Pablo (1977): *Las Categorías del Desarrollo Económico y la Investigación en Ciencias Sociales*. México: UNAM.
- GRUNIG, James E. (1971): "Communication and the Economic Decision-Making Process of Colombian Peasants", *Economic Development and Cultural Change*, Julio (pp. 580-597).
- GRUNIG, James E. (1969): "Information and Decision Making in Economic Development", *Journalism Quarterly*, Vol. 46, Núm. 3, pp. 565-575 (Otoño).
- HAVENS, Eugene (1972): "Methodological Issues in the Study of Development", *Sociología Ruralis*, Vol. XII, Núm. 314, pp. 252-272.
- HIGGINS, Benjamin (1977): "Economic Development and Cultural Change: Seamless Web or Patchwork Quilt?", *Economic Development and Cultural Change*, Vol. 25, Suplemento.
- HIRSCHMAN, Albert O. (1980): "El Auge y Ocaso de la Teoría Económica del Desarrollo", *Ciencia y Desarrollo*, Año VI, Núm. 35. Nov.-Dec.
- HIRSCHMAN, Albert O. (1977): "A Generalized Linkage Approach to Development, with Special Reference to Staples", *Economic Development and Cultural Change*, Vol 25, Suplemento.
- HIRSCHMAN, Albert O. (1971): *A Bias for Hope: Essays on Development and Latin America*. New Haven y Londres: Yale University Press.
- HORNIK, Robert et al (1979): *Communication as Complement: An Overview of Communication in Development*. Stanford University, reporte del Institute for Communication Research.
- HOSELITZ, Bert F. (1960): *Sociological Aspects of Economic Growth*. Nueva York: The Free Press of Glencoe.
- INKELES, Alex (1980): *Convergence and Divergence in Industrial Societies*. Stanford University: Institute for Research on Educational Finance and Governance, School of Education. Program Report Núm. 80-B3 (Abril).

- INKELES, Alex y David H. Smith (1974): *Becoming Modern*. Cambridge (Mass.): Harvard University Press.
- KAHL, Joseph A. (1969): *The Measurement of Modernism: A Study of Values in Brazil and Mexico*. Austin y Londres: The University of Texas Press.
- KLAPPER, Joseph (1960): *The Effects of Mass Communication*. Glencoe: The Free Press.
- KRIPPENDORFF, Sultana (1979): "The Communication Approach to Development: A Critical Review", *Studies in Third World Societies (Third World Mass Media: Issues, Theory and Research)*, Publicacion Núm. 9 (Septiembre).
- KUHN, Thomas S. (1970): *The Structure of Scientific Revolutions*. Chicago y Londres: The University of Chicago Press.
- LAKATOS, Imre (1980): *The Methodology of Scientific Research Programs (Philosophical Papers, vol. 1)*. Cambridge: Cambridge University Press.
- LAUDAN, Larry (1981): "A Problem-Solving Approach to Scientific Progress" in Ian Hacking (comp.): *Scientific Revolutions*. Londres: Oxford University Press.
- LAUDAN, Larry (1978): *Progress and its Problems: Towards a Theory of Scientific Growth*. Berkeley: University of California Press.
- LEE, Chin-Chuang (1980): *Media Imperialism Reconsidered: The Homogenizing of Television Culture*. Beverly Hills: SAGE.
- LEON Martínez, Enrique (1975): *La Televisión en el Proceso Político de México*. México: FEM.
- LERNER, Daniel (1977): "Communication and Development" in D. Lerner y L.M. Nelson (comps.): *Communication Research-A Half Century Appraisal*. Honolulu: the University Press of Hawaii.
- LERNER, Daniel (1964): *The Passing of Traditional Society: Modernizing the Middle East*. Nueva York: The Free Press of Glencoe.
- LERNER, Daniel (1963): "Toward a Communication Theory of Development" in L.W. Pye (comp.): *Communications and Political Development*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- LERNER, Daniel y W. Schramm (comps.) (1967): *Communication and Change in the Developing Countries*. Honolulu: East-West Center Press.
- LEVY, Marion J. (1972): *Modernization: Latecomers and Survivors*. Nueva York: Basic Books.
- McANANY, Emile (comp.) (1978): *Communication with the Rural Poor in the Third World: Does Information Make a Difference?* Stanford University: Institute for Communication Research.
- McCLELLAND, David C. (1977): "The Psychological Causes and Consequences of Modernization: An Ethiopian Case Study", *Economic Development and Cultural Change*, Vol 25, Suplemento.
- McCRONE, Donald J. y Charles F. Cnude (1967): "Toward a Communications Theory of Democratic Political Development: A Causal Model", *American Political Science Review*, Vol. LXI, Núm. 1, pp. 72-79 (Marzo).

- MOORE, Wilber E. (1977): "Modernization as Rationalization: Process and Restraints", *Economic Development and Cultural Change*, Vol. 25, Suplemento.
- NASH, Manning (1977): "Modernization: Cultural Meanings —The Widening Gap Between the Intellectuals and the Process", *Economic Development and Cultural Change*, Vol. 25, Suplemento.
- NORDENSTRENG, K. y H. Schiller (1979): "Introduction" in K. Nordenstreng y H.I. Schiller (comps.): *National Sovereignty and International Communication*. Norwood, N.J.: Ablex Publishing Corp.
- NUN, José (1979): "Los Paradigmas de la Ciencia Política en América Latina: Del Formalismo al Marxismo Crítico" en G. Boils M. y A. Murga F. (comps.): *Las Ciencias Sociales en América Latina*. México: UNAM.
- O'SULLIVAN Ryan, Jeremiah (1978): *The Role of Information in the Life of the Subsistence Farmer: A Study of the Guatemalan Western Central Highlands*. Stanford University: Institute For Communication Research.
- OHLIN, Goran (1979): "Development in Retrospect" in Hirschman et al: *Toward a New Strategy for Development (A Rothko Chapel Colloquium)*. Nueva York: Pergamon Press.
- ORDOÑEZ Andrade, Marco et al (1972): *Comunicación Colectiva y Desarrollo*. San José: Centro de Estudios Democráticos de América Latina (CEDAL), Colección Seminarios y Documentos.
- OSHIMA, Harry T. (1978): "Development and Mass Communication-A Re-Examination" in W. Schramm y D. Lerner (comps.): *Communication and Change: The Last Ten Years-And the Next*. Honolulu: The University Press of Hawaii.
- OSHIMA, Harry T. (1968): "The Strategy of Selective Growth and the Role of Communications" in D. Lerner y W. Schramm (comps.): *Communication and Change in the Developing Countries*. Honolulu: East-West Center Press.
- PAPANÉK, Gustav F. (1977): "Economic Development Theory: The Earnest Search for a Miracle", *Economic Development and Cultural Change*, Vol. 25, Suplemento.
- PIETILA, Veikko (1978): *On the Scientific Status and Position of Communication Research*. University of Tampere: Institute of Journalism and Mass Communication Reports, Núm. 35.
- PORTES, Alejandro (1976): "On the Sociology of National Development: Theories and Issues", *American Journal of Sociology*, Vol. 82, Núm. 1 (Julio).
- PORTES, Alejandro (1973): "Modernity and Development: A Critique", *Studies in Comparative International Development*, Vol. 8, Núm. 3 (Otoño).
- RANIS, Gustav (1977): "Development Theory at Three Quarters Century", *Economic Development and Cultural Change*, Vol. 25, Suplemento.
- REIFFERS, Jean Louis et al (1982): *Las Empresas Transnacionales y el Desarrollo Endógeno*. Madrid: Tecnos/UNESCO.
- ROGERS, Everett M. (1978): "The Passing of the Dominant Paradigm-Reflections on Diffusion Research" in W. Schramm y D. Lerner (comps.): *Communica-*

- tion and Change: The Last Ten Years-And the Next*. Honolulu: The University Press of Hawaii.
- ROGERS, Everett M. (1976): "Communication and Development: The Passing of the Dominant Paradigm" in E.M. Rogers (comp.): *Communication and Development: Critical Perspectives*. Beverly Hills: SAGE.
- ROGERS, E.M. y F. Shoemaker (1974): *La Comunicación de Innovaciones: Un Enfoque Transcultural*. México: Herrero Hnos.
- ROGERS, E.M. con L. Svenning (1969): *Modernizing Peasants: The Impact of Communication*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston.
- ROSTOW, W.W. (1971): *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto*. Cambridge: Cambridge University Press.
- RUBINSON, Richard (1976): "The World Economy and the Distribution of Income Within States: A Cross-National Study", *American Sociological Review*, Vol. 41, Núm. 4, pp. 638-659 (Agosto).
- SANCHEZ Ruiz, Enrique E. (1985a): "Medios de Comunicación, Educación Informal y Cambio Social", *Revista de la Universidad de Guadalajara*, Vol. III, Núms. 20-21 (Julio).
- SANCHEZ Ruiz, Enrique E. (1985b): "Notas Sobre el Problema de la Validación Empírica en la Sociología del Desarrollo", *Encuentro*, Vol. 2, Núm. 2 (Enero-Marzo).
- SANCHEZ Ruiz, Enrique E. (1983): *Capital Accumulation, the State and Television as Informal Education. Case Study of Mexico*. Stanford University. Tesis doctoral.
- SANTOS, Theotonio Dos (1970): *Lucha de Clases y Dependencia en América Latina*. Bogotá: Editorial La Oveja Negra.
- SANTOS, Theotonio Dos (1969): "El Nuevo Carácter de la Dependencia" in T. Dos Santos et al: *La Crisis del Desarrollismo y la Nueva Dependencia*. Lima: Francisco Moncloa Editores.
- SCHENKEL, Peter (1973): *La Estructura de Poder de los Medios de Comunicación en cinco Países Latinoamericanos*. Santiago de Chile: Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales.
- SCHILLER, Herbert (1976): *Communication and Cultural Domination*. Nueva York: M.E. Sharpe.
- SCHNAIBERG, Allan (1970): "Measuring Modernism: Theoretical and Empirical Explorations", *American Journal of Sociology*, Vol. 76, Núm. 3, pp. 399-425 (Noviembre).
- SCHRAMM, W. y D. Lerner (comps.) (1978): *Communication and Change: The Last Ten Years-And the Next*. Honolulu: The University Press of Hawaii.
- SCHRAMM, Wilbur (1979): *Mass Media and National Development-1979*. Paris: Reporte Presentado a la Comisión McBride, UNESCO.
- SCHRAMM, Wilbur (1978): "End of an Old Paradigm?" in W. Schramm y D. Lerner (comps.): *Communication and change: The Last Ten Years-And the Next*. Honolulu: the University Press of Hawaii.

- SCHRAMM, Wilbur (1964): *Mass Media and National Development*. Stanford: Stanford University Press.
- SMITH, Anthony D. (1973): *The Concept of Social Change: A Critique of the Functionalist Theory of Social Change*. Londres y Boston: Routledge & Kegan Paul.
- STREETEN, Paul (1977): "Development Ideas in Historical Perspective" in Hirschman et al: *Toward a New Strategy for Development*. Nueva York: Pergamon Press.
- SUNKEL, Osvaldo (1979): "The Development of Development Thinking" in J.J. Villamil (comp.): *Transnational Capitalism and National Development*. Sussex: The Harvester Press.
- SUNKEL, O. y E. Fuenzalida (1979): "Transnationalization and its National Consequences", en J. Villamil (ed.): *Transnational Capitalism and National Development*. Sussex: The Harvester Press.
- THERBORN, Goran (1980): *Science, Class and Society*. Londres: Verso.
- TUNSTALL, Jeremy (1977): *The Media are American*. Nueva York: Columbia University Press.
- VALENZUELA, J. Samuel y Arturo Valenzuela (1979): "Modernization and Dependence: Alternative Perspectives in the Study of Latin American Underdevelopment" in J.J. Villamil (comp.): *Transnational Capitalism and National Development: New Perspectives on Dependence*. Sussex: The Harvester Press.
- WALLERSTEIN, Immanuel (1979): *The Capitalist World Economy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- WARREN, Bill (1979): "The Postwar Economic Experience of the Third World" in A. Hirschman et al: *Toward a new Strategy for Development*. Nueva York: Pergamon Press.
- WARREN, Bill (1973): "Imperialism and Capitalist Industrialization", *New Left Review*, Núm. 81 (Sept.-Oct.).
- WEILER, Hans N. (1978): "Education and Development: From the Age of Innocence to the Age of Skepticism", *Comparative Education*, Vol. 14, Núm. 3, Octubre (pp. 179-198).
- WELLS, Alan (1972): *Picture Tube Imperialism? The Impact of U.S. Television on Latin America*. Maryknoll, N.Y.: Orbis Books.

Réquiem por la modernización

Se terminó de imprimir

en los talleres de Empresas Barba, S.A. de C.V.,
el día 31 de Octubre de 1986.

El tiraje fue de 1,000 ejemplares
impresos en papel cultural de 50 kgs.

Coordinó la edición: *Pastora Rodríguez Aviñón*

La tipografía y diseño gráfico estuvieron a cargo
de Ideograma / grupo de diseño.

7

cuadernos
de difusión
científica



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

COLECCION:
CUADERNOS DE DIFUSION CIENTIFICA 7

SERIE:
COMUNICACION, EDUCACION Y SOCIEDAD (III)